

| El Papa Francisco y la Dignidad

LUIS ROBLERO, SJ.
Capellán Nacional Católico de Gendarmería de Chile



Ha pasado poco más de un mes que el Papa Francisco visitó el Centro Penitenciario Femenino de la ciudad de Santiago de Chile y lo recordamos con cariño, porque no todos se asoman al dolor que encierran los altos muros de una cárcel. En todos los encuentros que sostuvo durante su visita pastoral a Chile, fueron las personas, las autoridades y pastores los que se acercaron a saludarlo. Muchos fueron al Parque O'Higgins, otros a Maipú, a Iquique y Temuco. Miles fueron a acompañarlo, pero en el caso de la cárcel de mujeres, fue él quien se acercó para encontrarse con las mujeres privadas de libertad y sus hijos.

El mundo carcelario es duro. Alberga miles de vidas que en su mayoría fueron dañadas antes de nacer. Como si fueran de un mismo linaje, todas sus vidas están marcadas por los signos de la pobreza y de la violencia. Signos que los llevan tatuados en sus cuerpos y que difícilmente desaparecerán. Muchos nacieron en hogares violentos, cargados de drogas y alcohol. Tempranamente huyeron de esos espacios y conocieron la calle y todo lo que ella trae. Luego, hogares de protección estatal que intentaron alejarlos de esos peligros, pero que en muchos casos solo lograron agudizar las cicatrices que traían de la infancia. Lo que está a la base de sus vidas no justifica los delitos ni la pena que deben pagar por ellos, pero hace bien conocer en profundidad las raíces de la delincuencia y en particular de la violencia delictual.

El Papa Francisco bajó de su auto y las primeras personas que lo recibieron fue un grupo de madres con sus hijos en brazos. Ellas estaban afuera de la Iglesia del Buen Pastor que está dentro de la cárcel y donde todos los domingos se celebra la Eucaristía con más de 200 mujeres privadas de libertad. Ese templo santo semana a semana es testigo de las oraciones que las mujeres elevan al cielo; oraciones de perdón, oraciones que piden por la vida de sus hijos que están "afuera" al cuidado

de alguien, oraciones que llevan al cielo las cientos de historias que ellas viven durante su tiempo de privación de libertad.

El Papa sonreía, tomaba y bendecía los niños. El Papa estaba feliz de encontrarse con su pueblo pobre, con ese pueblo que tanto lo conmueve y que lo hace ser un buen pastor. Avanzó a las puertas del gimnasio donde lo esperaban más de 400 mujeres privadas de libertad y también varias decenas de funcionarias y funcionarios de Gendarmería. El gimnasio lucía brillante, cada rincón estaba adornado con simples figuras de papel preparadas por cada una de ellas y desde hace meses. El cielo lleno de “tiritas”, de “grullas”, de flores. Y canto, mucho canto.

Después de saludar a las que más pudo y de tomar en brazos a varios niños, se sentó y contempló con misericordia la escena que tenía delante de él: cientos de mujeres y varias decenas de niños, todos encarcelados, que agradecían el hecho que el “más importante” de la Iglesia fuera a visitar a las “menos importantes” de la sociedad.

Su discurso ante las mujeres comenzó agradeciendo a Jeannette, la mujer privada de libertad que le dirigió algunas palabras en nombre de todas, su “valiente pedido de perdón”. Ella había dicho, “Papa Francisco, pedimos perdón a quienes hemos herido con nuestro delito”. Así comienza el Papa su discurso, agradeciendo y valorando lo que tanto nos cuesta, que es reconocer nuestra pobreza humana y como ella daña la vida de otros. Tal como lo dijo el Papa, sin esa actitud “nos deshumanizamos” porque perdemos la conciencia que vivimos con otros y que nuestros actos siempre tocan la vida de esos otros. Pedir perdón en el mundo carcelario es fruto de un largo camino que obliga a hacerse débil ante los que ostentan el poder en el mundo delictual. Pedir perdón significa reconocer que uno se equivocó y que hay un daño que se debe reparar. Jeannette lo hizo, se puso en la fila de los pecadores y desde ahí pidió que también nosotros como sociedad la perdonemos.

Ante tal reconocimiento, el Papa habló que todas ellas las privadas de libertad, son personas y no cosas, y que cada una tiene la capacidad de “gestar futuro”. La esperanza de un futuro distinto, el sueño de una vida nueva que ningún barrote de una cárcel puede silenciar. La dignidad humana, sagrada, que nada ni nadie la puede disminuir y que desde la cárcel lleva a afirmar con mayor convicción aún que “estar privado de libertad no es estar privado de dignidad”.

Desde ahí el Papa se aventura a delinear a grandes trazos lo que debiera significar una condena y una cárcel. “Una condena sin futuro no es una condena humana, es una tortura”. En otras palabras y siguiendo su desarrollo, si una cárcel mata la esperanza, el futuro entonces se transforma en una tortura que deshumaniza en cuanto que sigue arrancándote de la comunidad humana. La condena y el tiempo de cárcel deben ser precisamente para eso, para “devolverte” a la comunidad para convivir en paz en ella junto a otros. Por eso Francisco indica con fuerza que la “sociedad tiene la obligación, obligación, de reinsertarlas a todas, a cada una”. Sus palabras resuenan fuerte, sobre todo en una sociedad chilena que poco y nada quiere saber con la personas privadas de libertad. Para la gran mayoría la cárcel es un tiempo de castigo por el daño cometido y que poco merecen los que están ahí dentro.

Pero el Papa habló claro, la dignidad sagrada de todo ser humano es anterior al delito cometido y por eso, todas ellas deben exigir ser tratadas con dignidad para que nunca se silencie la ilusión de una vida con futuro y en conjunto con la sociedad.

Termina agradeciendo a las funcionarias de Gendarmería y pidiendo a las autoridades que se preocupen que las condiciones laborales sean dignas. Porque eso es lo que corresponde a todo trabajo, pero también porque “la dignidad genera dignidad. La dignidad se contagia, se contagia más que la gripe”, “la dignidad genera dignidad”. Así, el discurso del Papa Francisco, que comenzó valorando el perdón del que se encuentra consigo mismo y con Dios, termina anunciando la buena noticia que Él nos trajo, que somos criaturas a imagen y semejanza de Dios, amadas eternamente por Él.